

aquellos que disfrutamos del placer de abandonarnos en una «jaula de brazos».  
[INMACULADA GARCÍA GAVILÁN]

CALONGE, Julio, *Estudios de Lingüística, Filología e Historia*. Editorial Gredos, Madrid 2005, 507 págs.

Ver la luz de todo el trabajo científico realizado a lo largo de una dilatada trayectoria académica debe ser, desde un punto de estrictamente humano, como firmar una herencia, un legado lleno de desvelos, de horas preñadas de escollos y de insatisfacciones, pero también de hallazgos luminosos y satisfacciones ante la apropiada expresión del pensamiento. La vida de un humanista es un regalo para todos los que comparten su lengua y sus afanes. Ahí queda, en edición esmerada, esta publicación fruto de la labor de largos años de empeños filológicos de un gran humanista, Julio Calonge. Los que tomen el relevo de las sucesivas generaciones han de rendirle un merecido homenaje al leer estos *Estudios* con enorme respeto y admiración.

José Polo, que presenta la edición de estos destacados Estudios, no escatima elogios a sus dotes de “pensador nato” de la filología, la lingüística y la historia...y no podemos sino estar de acuerdo con sus palabras, “con un pensamiento tan fuerte que se impone avasalladoramente, que “obnubila” a la forma, tan volcado hacia una sostenida (citando a A. Schaff) “transparencia de significado”. Los académicos, de natural tendencia crítica, a veces miran en exceso los detalles del ropaje aparente, cuando cierto desaliño a menudo es hasta síntoma perfecto de un pensamiento fuerte y complejo. Este es el caso de la posible crítica que merece escasa atención por parte del lector filólogo. El pensamiento de Calonge fluye claro y preciso, de una precisión a menudo escrupulosa.

El prólogo de A. Bernabé es de encendida admiración y respeto por la figura de Calonge, meritorio co-fundador de la Editorial Gredos y asimismo co-fundador de la Sociedad Española de Lingüística y de su prestigiosa publicación periódica, *Revista Española de Lingüística*. Su faceta de filólogo e investigador, lejos de las prisas y obsesiones compulsivas de los filólogos de última hora, movidos por una maquinaria económica de ritmos alterados y nerviosos, ha estado marcada por un compás pausado y bien medido, de perfiles poco pretenciosos. Bernabé destaca esta faceta humana que está desapareciendo al mismo ritmo que desaparece el propio humanismo. La invocación del principio clásico *nihil humanum a me alienum* se va apagando lamentablemente en los últimos tiempos, como un fanal en la niebla, y esa oscuridad creciente hace más

que necesaria una luminaria, como Julio Calonge, que de vez en cuando arroje luz en el camino que hemos de recorrer aún. Su figura me trae a la memoria la de aquel viejo maestro oxoniano de griego en la obra *The Browning Version* del dramaturgo inglés Terence Rattigan. La depreciación de las lenguas clásicas en nuestros estudios, en franco declive ya en los años cincuenta en la Inglaterra de Rattigan y los setenta en España, es un motivo de reflexión que rezuma en cada una de las páginas de los presentes *Estudios*. Es la nostalgia que impregna estos estudios la que me han movido a aportar indirectamente, con esta reseña, un pequeño óbolo de deuda para con mis educadores, como fue D. Emilio Lorenzo, de la misma edad de D. Julio Calonge, e imbuidos ambos por el mismo entusiasmo por el saber.

Enfrentado a tal despliegue de sabiduría en las cuestiones tratadas, “enmarcadas en un amplio contexto cultural, en una visión totalizadora”, de acuerdo con Bernabé, de muy amena lectura al tiempo que profunda, no me queda otro remedio que ser restrictivo en este modesto comentario a sus páginas. Mi deseo es proponer entre nuestros lectores el ejemplo vivo de D. Julio, y promover entre nuestros alumnos su amor por el saber humanístico, que, sin duda, les hará mejores y más dignos seres humanos. El lema latino es conciso y claro: *Fac sapias et liber eris*.

A la “Conquista de la Bética” nada puedo añadir, antes bien, aprender esas lecciones de la aún algo desconocida historia de la romanización hispana, cuyas primeras lecturas divulgativas en los años de bachillerato eran las tan amenas páginas de Antonio García Bellido.

El siguiente ensayo se titula “Andrés Laguna, Humanista” publicada en *Estudios Segovianos* en 1959, en su cuarto centenario, resultado de una conferencia pronunciada en la ciudad de Segovia, ciudad natal de tan insigne médico y sabio renacentista. Hace una semblanza de la vida de tan destacada figura médica, amante del griego clásico y traductor de *Dioscórides*. Su vida, cuando menos, no carece de intriga: estudia en París, viaja a Inglaterra y vive cinco años en los Países Bajos, estudia en Bolonia, se hace médico del Cardenal Mendoza y luego del propio Papa. Vive, pues, en la Roma centro del humanismo cristiano, motor de nuevas corrientes e impulsora de nuevas publicaciones estampadas en emprendedoras imprentas, como la de Manucio. Con gran clarividencia Calonge aborda el problema de la fijación del texto griego. Luego polemiza sobre las razones en favor, aportadas por Marcel Bataillon, como en contra, de la atribución a Laguna de la excelente reliquia erasmista, *Viaje a Turquía*. Añadiré por mi cuenta que Andrés Laguna era tan célebre en su tiempo que es citado por Cervantes en el Cap XVIII de Don Quijote: “Tomara yo ahora

más aún un cuartal de pan, o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna”. Y agreguemos que, siguiendo la obra de Bataillon, *Erasmé et l'Espagne*, Paris 1937, Andrés Laguna parece haber sido también médico de Carlos V y su traducción del Dioscórides, famosa por sus abundantísimas anotaciones, parece ser de Amberes, 1555, y está dedicada a Felipe II. Supongo que, aunque no los cita, está de acuerdo con estos datos Julio Calonge.

El ensayo III titulado “La relación entre lenguaje y lógica en el siglo XIII” tiene su origen en la conferencia pronunciada en la Universidad de Sevilla, el día 7 de marzo de 1948, con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino. Expone Calonge de forma muy amena y didáctica, los fundamentos filosóficos del nominalismo y el realismo, de las disquisiciones basadas en la polarización, de claras repercusiones actuales, de las tendencias platónicas y aristotélicas. Nada mejor traído a colación que el ejemplo de Unamuno para calificar a nuestra época de compartimentos científicos estancos, época de “pincharranas y cuentagotas”, por los excesos de la especialización.

El siguiente estudio es una reivindicación de lo que ha sido una extraordinaria aportación de la figura de Hervás y Panduro, el conquense jesuita a la Filología Comparada: “Hervás en la encrucijada lingüística del siglo XVIII y XIX”, nace de una comunicación y su publicación en 1992, cuyas atinadas y sugerentes reflexiones coinciden y abundan sobre ideas ya expresadas por otro gran filólogo español ya desaparecido, fundador de las especialidades de Filologías Modernas en España, Antonio Tovar.

Reveladores son, sin duda, para el estudiante y estudioso de historia de la lingüística los vínculos entre diferentes figuras de grandes especialistas de “Lingüística Comparada”, en éste y en el siguiente artículo, que es anterior en la elaboración, como lo fueran Humboldt, Adelung, Schlegel o Max Müller. Creo que el también desaparecido R. Robins habría concedido mayor protagonismo a algunos británicos, empezando por William Jones, que era juez y lingüista aficionado en la India. Sin embargo, Hervás es la figura más relevante en este campo y la menos reconocida en el mundo anglófono. Me permitiré citar, en este punto, mi experiencia de lectura de un lingüista de gran talla, Hans Aarsleff, en su *From Locke to Saussure* (Athlone, 1982), quien ha hecho también aportaciones pertinentes al desarrollo del pensamiento lingüístico del XVIII y sus reflexiones sobre el terreno abonado para la lingüística comparada del XIX.

Pasando al capítulo II dedicado a las Humanidades, quisiera destacar el artículo “Las Lenguas Clásicas en la enseñanza”. Es un artículo que deberían leer a todos los estudiantes españoles de Letras. La formación humanista no debe

fundarse en la especialización, cerrando las puertas a saberes que ineludiblemente se complementan y se imbrican mutuamente. Hoy muchos se están dando cuenta de qué error mayúsculo es hacer que los años de Universidad se dediquen a una sola rama del gran árbol de las ciencias humanas, perdiendo el rastro del tronco del que todas se nutren. Calonge lo expone con clarividencia, digna de tenerse en cuenta no ya tan sólo por profesores universitarios "monotemáticos" (permitaseme la expresión de intencionada connotación negativa), sino también por legisladores miopes que pretenden encauzar hacia la especialización del "mercado de trabajo" (eufemismo amable que a menudo esconde una cara más fea) a niños de trece o catorce años. Y así llegan alumnos de Bachillerato, bajo siglas cada vez más vacuas, a cursar Letras que carecen de conocimientos, necesariamente memorizados, cómo no, de cultura, historia, geografía, literatura española y europea. Y ya no digamos de lenguas clásicas, hoy tan desdeñadas y orilladas. La pregunta del laico, angustiado ante la magnificada y engañosa especialización, "¿para qué?" es, amén de impertinente, en ambos sentidos de la palabra, irresponsable y corta de miras. La lanza rota en éste y en el siguiente artículo, "Los textos y la gramática", por la lectura atenta de los autores clásicos, verdaderos cimientos de nuestra cultura occidental, merece nuestro más encendido elogio. Fruto de su buen hacer filológico son testigos los artículos "La frontera silábica y la Yod en griego", "Valor demarcativo del tono en griego" o "El acento circunflejo en la antepenúltima sílaba" que cualquier filólogo puede leer con deleite por su claridad de exposición y su poder de argumentación. De un interés más general en lingüística es su capítulo XIV sobre las "Implicaciones del género en otras categorías gramaticales". En ella hace un verdadero alarde de erudición en el conocimiento de diversidad de lenguas o *idiomas*, entendido este término etimológicamente, como formas diferentes de organizar una gramática dada sus propias categorías. Interesado por el comportamiento de la categoría formal y funcional de "número" en inglés y su comprensión cognitiva por parte de los hablantes (en el próximo número de *Alfinge*, artículo que dedico con placer al gran maestro Don Julio Calonge), confieso que este artículo de me ha provocado múltiples reflexiones.

Pasando de puntillas sobre más sesudos artículos de carácter histórico, que nos hablan de la tan preclara mente humanista de Calonge, haré un breve comentario a la apretada pero fecunda gavilla de artículos sobre "la traducción" en la Octava parte. Ya la parte sexta se la había dedicado a Platón y a los prólogos de sus traducciones, verdadero semillero de ideas sobre el fenómeno de traslado, algo que es común denominador en todas las lenguas de cultura. En efecto, los mejores ensayos de traducción que conozco en lengua inglesa

proceden de traductores de lenguas clásicas. Ejemplos destacados son Pope, Oían, Denham, Cowley, Dryden o Tytler. Por lo que yo he podido observar, la resolución del problema del verso, por ejemplo, es algo sintomático en esta larga tradición británica. Así, el frecuente verso griego de los dramas, el trímetro yámbico lo vierten al inglés con el pentámetro yámbico, que da a los verso una longitud semejante, dada la peculiar y variada morfología de esa lengua germánica. Milton pensaba que lo más apropiado para traducir a Homero y a Virgilio era el “verso heroico” inglés, sin necesidad de rima, algo que Murray en *Electra* forzó al máximo. Pero el problema es más espinoso, si cabe, al verter el verso de los coros griegos. El griego, lengua polisilábica por excelencia, se ajusta mal a los engranajes de una lengua tan monosilábica como el inglés. Rogers en su versión de Aristófanes lo resuelve con verdadera ingeniería verbal, un gran logro de creación en sus experimentos con ritmos trocaicos, muy del *genio* inglés, para verter los anapestos en los coros de *Agamemnon*. Pero tal vez esté de más, por lo que pido disculpas, continuar este comentario al margen, fruto de mis quehaceres, más modestos, pero coincidentes con los quehaceres humanísticos de Calonge.

La parte Séptima había preparado el barbecho: “El lenguaje científico y técnico”, “ciencia, técnica y lenguaje” y “el neologismo” que inciden en el corazón mismo del fenómeno traductológico. La hipótesis que defiende y explica de forma convincente es que “los significados, los contenidos son previos a la forma definitiva”. Dicho de otra manera, nuestro autor reseñado, superando la más ingenua y manida ortodoxia académica, concede una gran importancia al proceso de creación del vocabulario específico en la mente del autor del texto. Sin duda, los lexicógrafos actuales subrayarían el papel fundamental de los denominados (otro neologismo) procesos cognitivos. Es decir, en el proceso de elaboración del texto, que se inicia en la idea y se dirige veloz hacia la forma, “han pasado (por la mente del autor) sin cesar unas tras otras, sin una configuración plena, piezas modulares de recambio un tanto informes hasta que el proceso ha llegado a satisfacer las exigencias expresivas del que construye el texto”. Insiste en la cualidad “unívoca” del léxico científico, en la virtualidad de la nueva formación de significados en el sistema de la lengua, sin postergar ni relegar a un segundo plano al actor del lenguaje, al usuario, a la experiencia de la comunidad a lo largo del tiempo. Ni que decir tiene que sus reflexiones, siempre tan diáfanas como profundas, tienen un timbre claramente moderno. Cualquier funcionalista al día rubricaría esta aseveración que debería de quedar implícita en estudios modernos sobre el lenguaje humano: “No se puede admitir que los significados sean universales, porque cada hablante recibe con su lengua el análisis de la experiencia humana con que funcionan, con matices distintivos

progresivamente crecientes, su familia, los grupos sociales próximos a él y, finalmente, toda su comunidad de lengua” (pág. 303). Y lo que aún es más, haciendo una alusión a la equivalencia en el proceso de traducción: “Los vocablos no concretos no pueden tener, en general, un significado idéntico en dos lenguas (dadas), puesto que son los depósitos del análisis de la experiencia llevado a cabo por comunidades distintas en el curso del tiempo” (*Ibidem*)

No menos interesante es el artículo XXII sobre los “neologismos” y su ponderación en el marco del diccionario. Su postura ante la avalancha e nuevas palabras abogan en favor del progreso de nuevas ideas y realidades reflejadas en la inevitable necesidad de modificaciones en los ámbitos social y político. Frente a académicos conservadores e inmovilistas afirma muy sensato: “El neologismo no es capaz de causar daños a la lengua. Más bien se podría afirmar lo contrario. Sin los neologismos, el léxico general quedaría fosilizado. No sería capaz de expresar suficientemente”. Nos da ejemplos muy claros como el de *ordenador* y *computadora*, que divide a la diversidad de hablantes de español, así como otros elementos espúeos que se cuelan de rondón y sin tregua en el uso cotidiano de la lengua por parte de los medios de comunicación.

La Octava parte está dedicada a la traducción. Son este florilegio de ensayos los que particularmente, por su temática, más aprecio y valoro. En ellos quedan manifiestas la capacidad expositiva y las matizaciones sutiles de Calonge, en un campo en el que a menudo la mayoría de los tradadistas no suelen ir más allá de la generalización monótona y la afirmación tautológica. El primer artículo, titulado “Sobre la traducción de obras científicas y obras literarias”, debería figurar en la cabeza de la lista de lecturas de las nuevas hornadas de jóvenes estudiantes de traducción. El estudio concreto de los poemas de Longfellow y Brentano, analizados por Kayser, y citados antes por García Yebra en su “Teoría y práctica de la Traducción” (Gredos, 1982, págs. 304-305). Calonge contrapone su traducción y discute la postura fundamentalmente formalista de Kayser, que valora el ritmo antes que el contenido. Su razonamiento, visto desde la orilla de “la traducción” es de meridiana claridad: “Nada de lo que se diga sobre la forma de un original tiene por qué ser aplicado necesariamente a la traducción...” y aquí se deberían afrontar las consecuencias que de este aserto se derivan. Ha abordado aquí Calonge un gran tema con implicaciones dignas de valorar y aspectos susceptibles de toda matización, como, por otra parte ya lo hicieran algunos de los que más han profundizado en el nunca banal asunto este de la traducción, desde Goethe a Steiner. La agudeza intelectual vertida en los matices del análisis es, sin duda, una cualidad que atesora y ostenta Calonge en este gran ensayo. El siguiente “Posibilidades de la traducción y del traductor” no es menos

sustancioso y aprovechable didácticamente. Su encomiable experiencia como traductor de temas filológicos del alemán es una garantía de que habla un experto curtido en esa difícil batalla de decisiones que hay que librar al hacer una buena traducción. Los ejemplos que espiga de su cosecha particular son muy elocuentes de su buen hacer en ese arduo ejercicio de la versión y de su juicio evaluativo en la materia. Para un alumno actual de la especialidad de traducción lo que constituye una lectura jugosa y amena es su conferencia pronunciada en Málaga en 1998 sobre sus “experiencias en torno a la traducción”. Su andadura de tantos años y de tantas vivencias queda magistralmente concentrada en unas pocas páginas y unas reflexiones siempre compartidas con sus discípulos, que hoy deben ser todos los que se inician en ese rito misterioso del traslado del pensamiento de una forma formal a otra.

La Novena Parte es un estudio magistral sobre la transcripción de las lenguas eslavas. La obra “Transcripción del ruso al español” fue publicado como opúsculo en 1969 por Gredos. Esta obra ha sido con frecuencia mencionada como fundamental en ese importante campo de la transliteración y de la transcripción de lenguas que, como las eslavas, cada vez tienen mayor contacto con el resto de las europeas. En él arroja luz sobre un problema que se venía arrastrando durante siglos, y cuyo abordaje exigía acometerlo con urgencia y aportar soluciones, dada la variedad y dispersión de patrones y guías. Las transcripciones eslavistas de ISO y de la inglesa BSI/ASA no son las soluciones para los hispano-hablantes, como sugería A. Tovar en 1968. Sorprendentemente, aún hoy vemos con relativa frecuencia a nombres propios como Bajtín transliterado Bahktin a la inglesa en citas españolas, como si hubiera una sola transcripción a las lenguas de alfabeto latino. Esto me trae a la memoria aquellas antiguas elucubraciones de Unamuno ingeniosas al tiempo que ingenuas sobre las grafías con H, con K y la ortografía etimológica.

Siguen algunos artículos más sobre su apreciada experiencia docente y termina esta magnífica obra con un “Apéndice biográfico” elaborado por el editor científico, es decir, José Polo, a quien mencionamos anteriormente como autor de la Presentación, lingüista harto conocido por sus importantes publicaciones de Lengua española. En tal apéndice se hace una semblanza del autor y los cargos de responsabilidad que ostentó, una breve bibliografía de sus obras más destacadas, y finalmente una entrevista muy instructiva y amena con Felipe Pedraza en 1984.

Es este en suma un libro lleno de sabiduría, resumen de la trayectoria humana de un gran humanista, de una vida dedicada con pasión a la Filología, la más humanista, si se me permite la licencia de hacer tal gradación, de todas las ciencias sociales. [VICENTE LÓPEZ FOLGADO]